



CUENTOS ANDINOS

Para el Crecimiento Espiritual



Arnaldo Quispe – Takiruna



Mi sendero mágico es crear, inspirar, dar granitos de arena o pastillitas para el alma a las personas que tienen la necesidad de conectarse con la madre tierra. Este propósito abre un cauce silencioso, desinteresado e inmaterial que nutre mi alma de luz y amor...

“Cuentos Andinos, Para el Crecimiento Espiritual” Vol 1.

Autor: Arnaldo Quispe

Ediciones Comunidad Pachamama

©2010 - Todos los derechos reservados

Se autoriza el uso y difusión del presente material para propósitos de desarrollo personal, siempre y cuando se haga referencia al autor y la fuente: www.qhagooy.org

Email del autor: info@qhagooy.org

CONTENIDO

- El primer vuelo del cóndor 4
- Los dos senderos 6
- El cóndor y el picaflor 8
- El alumno que no sentía nada 9
- Los dos maestros 11
- Buscando al gran maestro 13
- El colibrí de oro (Qori q'ente) 14
- Los niños colibrí 16
- El colibrí de piedra 19
- El colibrí de Nazca 21
- La historia de los colibrís sacrificados 22
- El puma y el colibrí 25
- El niño que quiso ser colibrí 27
- El cóndor y el zorro 29



EL PRIMER VUELO DEL CONDOR

Cuentan que en tiempos antiguos, cuando muchos animales apenas comenzaban a entender el porqué de sus atributos, una vez le preguntaron a un ave de aspecto siniestro, con muchas arrugas en la cara y cuello blanco, del porqué cargaba sin aparente utilidad unas enormes alas recogidas en sus lomos, que de vez en cuando parecía hasta arrastrar. Canqui -así se llamaba- algunas veces se pesaba por cargar con fatiga el enorme peso a sus flancos, miraba a las parihuanas elevarse con sutileza como si al hacerlo danzaran delicadamente. Luego observaría a los picaflores agitar las alas a gran velocidad para quedar suspendidos en el aire teniendo a su merced las flores de los más lindos colores. Alguna vez pensó que sus alas le podrían dar equilibrio cuando tendría que escalar alguna pendiente entre las montañas, o le serviría de contrapeso para subir a los peñascos, para ver donde podría encontrar su comida gracias a que tenía una buena visión.

Una mañana cuando ya parecía resignado a su suerte y a tener que vivir contrayendo sus enormes alas para poder caminar, decide ir a la pendiente de un Apu y probar a abrir sus alas para que Wayra –el viento-le transmita una idea de que hacer con ellas. Sin embargo, Wayra parecía no decirle nada al respecto más solo que se dejara llevar por sus ráfagas de viento. Concluyó entonces que Wayra solo le dijo “déjate llevar”. Este enorme pájaro dudó que sus enormes alas pudieran alzar vuelo y así consiguió regresar a duras penas a su madriguera. Esa noche pensó que tal vez debía liberar su mente de la duda y el miedo, y hacer lo que Wayra le había dicho, eso de “dejarse llevar”, después de todo que tenía que perder. -“Qué sentido tendría seguir viviendo si uno no descubre exactamente su propósito en la vida y desde luego, lo que la madre tierra nos ha conferido como atributo”, como en el caso de Canqui de poseer enormes alas.

A la mañana siguiente, armado de valor decidió buscar la pendiente más alta de una montaña y esperar alguna señal de Wayra, a fin que pudiese abrir sus alas, lanzarse

y dejarse llevar. Total qué podría pasar, más bien sino era hora de experimentar, de crecer, de descubrir y de vivir. Cuando Wayra, decidió soplarle con una suave brisa en su cuello blanco, Canqui abrió sus alas y decidió saltar al vacío, se dejó llevar por las fuertes corrientes de los vientos, volando en desorden en un inicio. Cuando parecía que caería o que una fuerte ráfaga de viento lo estrellaría contra la ladera de la montaña, Canqui decidió volar con mayor confianza, descubrió que podía retener el viento, dar giros en espacios pequeños, elevarse y descender a voluntad. Pero luego descubrió que abriendo sus alas lo más extenso posible y con ayuda de los vientos lograba ganar mayor vuelo y altitud. De eso se trataba –pensó- de vivir en equilibrio con las fuerzas de la naturaleza, que hasta cierto punto lo dominan todo, pero nuestra fuerza interior debía manifestarse y armonizar con la grande naturaleza. Canqui regresó optimista a su madriguera, solo cuando había dominado todas las artes de vuelo, desde entonces podía aterrizar donde quisiera, aún en espacios estrechos y desde ya, ir a donde deseaba con el solo agitar de sus poderosas alas.

Sin embargo, aún tenía una extraña sensación, como que algo le faltaba por cumplir, pues se preguntaba de qué le serviría volar en el firmamento si no tendría un propósito claro o función que cumplir para ayudar a su entorno. Con la mente fija en descubrir su propósito decidió al alba siguiente probar elevarse al cielo, en donde ninguna de las aves había llegado jamás. Ahora disponía de la fuerza y elementos para poder alcanzar la morada de los dioses y ofrecer sus servicios como súbdito devoto. Cuando saltó al vacío solo tenía una cosa en su mente “volar alto y aún más alto”. Agitó las alas elevándose y dominando los fuertes vientos cálidos y fríos que parecían detenerse en sus alas y empujarlo como si ayudasen, sorteó las phuyukunas -las grandes nubes- del firmamento, voló y voló tanto que parecía que con sus enormes alas lograba agitar las nubes y estimular la lluvia, para luego dibujar un enorme arco iris. Luego parecía que sus alas creaban sombra y algunos extensos parajeste andinos quedaban en penumbra. Cuando llegó tan alto, a los confines de la morada del Sol, todo era dorado e iluminado. Fue en las puertas de la casa de Dios Wiracocha que decidió reposar e inclinar la cabeza ante los seres iluminados que ocupan el aposento sagrado. Una voz divina le dijo. – “Muy bien Kuntur, pues desde hoy te llamarás “Kuntur”, y serás el ave del paraíso, serás la vía de comunicación con todos los seres que habitan la tierra. Tu valor te ha hecho ganar una sagrada posición entre los animales sagrados del reino. Regresa y espera el llamado del pututo”.

Desde ese momento, Canqui supo que en adelante sus descendientes se llamarían Kuntur, como él, nombre asignado por los dioses. Kuntur Canqui sería el ave más grande sobre la faz de la tierra y de vuelo más alto, un súbdito de los dioses con propósitos trascendentales, su misión serviría de nexo entre el mundo celestial de los dioses del Hanak Pacha y el mundo de los hombres.

LOS DOS SENDEROS

El buen intencionado tiene diferentes senderos de vida que podrá elegir para hacerse de una experiencia personal trascendental. Los caminos para alcanzar la iluminación son diversos, pero al final tarde o temprano se llega a la meta si la intención es firme como al principio del camino. Esta es la historia de tres jóvenes aprendices del curanderismo andino, todos provenientes de poblados dispersos del Cañon del Colca, previamente seleccionados para seguir los pasos de los grandes curanderos paqokunas andinos. Una vez reunidos en el poblado de Chivay se les informa de la peregrinación a los Andes ayacuchanos, a fin de encontrar al maestro curandero encargado del duro entrenamiento iniciático. La búsqueda comienza en el poblado de Incuyo en las orillas de la laguna de Parinacochas, se dice que Don Melchor Prado (Paqo curandero) llega de las montañas aledañas para realizar algunos rituales en el sector conocido como Incawasi, antiguo adoratorio incaico. Por suerte, algún lugareño les da la pista de como ubicar a Don Melchor, indicándoles una ruta a pie que daría con su chacra, donde el curandero trabaja la tierra. Juan, Camilo y Antonieta, los jóvenes aprendices luego de caminar por horas logran ubicarlo finalmente, se presentan con la debida cortesía andina, para luego anunciar que venían muy bien recomendados por personas a los cuales ya antes había formado Don Melchor.

Don Melchor Prado tenía la capacidad de ver el corazón de los demás, de leer mediante los ojos el alma de la persona que miraba, de saber por intuición lo que piensan y sienten las personas, sus facultades las había desarrollado desde temprana edad. Cuenta la leyenda que siendo niño fue víctima de un rayo que casi lo fulmina, el espectro de luz arrojó el cuerpo por varios metros de donde estaba, ninguno de los testigos se logra explicar como pudo sobrevivir, pero lo que era cierto era que en adelante Melchor no sería el mismo niño común. En un inicio sufrió mucho por privarse de tantas cosas normales para el promedio de su edad, sus sueños y pesadillas eran traumantes, veía cosas para las cuales no estaba preparado, soñaba aquello que sucedería tarde o temprano, su padre también curandero le dijo:

“Llegado el momento decidirás seguir mis pasos o hacer que tu vida tome un rumbo distinto”.

Don Melchor siendo ya jovencito comenzó a curar el mal de ojo de los niños, pasando el huevo y el cui. Luego aprendió el arte de curar con las hierbas silvestres medicinales, con el tiempo lograría acceder a diferentes enseñanzas de maestros curanderos andinos y amazónicos, con quienes perfeccionaría innumerables técnicas y rituales curanderiles. Tenía una hoja de vida respetable y generalmente se daba tiempo para sus nuevos discípulos. Pero ésta era la primera vez que se presentaban tres aprendices juntos, algo para lo cual no estaba habituado. Para

solucionar este impase les propone una prueba sencilla, por el cual debían elegir uno de dos caminos de ripio y tierra que tenían en frente de ellos. El vencedor sería aquél que llegue a reencontrar a Don Melchor horas después. Les advirtió que una vez que ponían el primer pie en la senda trazada no podrían tirarse para atrás.

Don Melchor les explicaría la finalidad del primer camino:

“Esta es la senda que particularmente les recomiendo, pues permite llegar al elixir del curanderismo, al conocimiento de los secretos de los maestros y de la espiritualidad indígena. Por medio de ésta senda lograrán el paso directo necesario para convertirse en verdaderos paqokunas con gran poder”.

Luego les expuso en qué consistía el otro camino:

“Este camino no les recomiendo puesto que está en muy mal estado, pero se logra divisar el recorrido sin dificultad, aquí los caminantes logran conocer el pensar de la gente, entender la pachamama y la naturaleza de sus hijos. La vida misma, es una senda larga y hay que tener mucha paciencia, pero al final se aprende y se logra algo positivo después de todo”.

Era claro que Don Melchor realizaría el aprendistato a quién fuese el primero en reencontrarlo. Al final agregó:

“Vayan por la senda de su elección sin mirar atrás, al final descubrirán el sentido original que conduce al conocimiento correcto”.

Luego de decir éstas palabras, Don Melchor cogió una de sus mulas y cabalgó por un sendero diferente, perdiéndose de la vista de los jóvenes aprendices en pocos segundos.

Sin pensarlo dos veces los jóvenes varones Juan y Camilo eligieron el camino que corresponde al de la esencia del curanderismo, se apuraron con la idea de llegar más rápido a la meta, luego de cuatro horas de caminar y caminar lograron llegar a un poblado, pero la gente les dijo que en dicho lugar no conocían a Don Melchor, el curandero.

Antonieta con un poco de temor había elegido el sendero de la pachamama, luego de unas horas de caminata se dio con la sorpresa que reencontraba a Don Melchor sentado al lado de la puerta de su casa, el camino que había elegido pasaba justo en frente de la casa del curandero, quién esperaba ya a su nuevo discípulo. La intuición femenina la había conducido por la senda correcta. En adelante, la nueva aprendiz entendería que el camino del curandero pasa primero por sentir el corazón y el pensamiento del pueblo y de la madre tierra.

EL CONDOR Y EL PICAFLOR

Un día se reunió la plana mayor de los pájaros en una pradera. Todos estaban presentes: el cernícalo, el halcón, el búho, el cóndor y el gavián. El cóndor les contó a los demás que había hecho un viaje grandioso, el más largo y alto, y había llegado lejísimos, hasta las puertas mismas del mundo superior. Entonces apareció volando el picaflor y le dijo: -Eso es cierto, hermano cóndor, pero yo he entrado por las puertas hasta el trono de Dios, que está en el centro del hanaq pacha. Entonces el cóndor y el picaflor apostaron, poniendo a los demás pájaros de testigos, que cada uno era capaz de volar al centro del hanaq pacha. Llegó el día que debía celebrarse la competencia y sólo apareció el cóndor. Todos los pájaros se habían reunido para presenciarla y estuvieron allí esperando, pero el picaflor no se veía en ningún lado. Los pájaros le dijeron al cóndor que “una apuesta es una apuesta” y que, aunque fuera sólo, debía intentar volar hasta el centro del hanaq pacha. El cóndor batió sus enormes alas y se elevó hasta llegar al límite del hanaq pacha. Cuando se detuvo allí para descansar, salió el picaflor de entre sus alas y voló hasta el mismo trono de Dios.



EL ALUMNO QUE NO SENTIA NADA

Apu Sonqo era un maestro curandero andino de un gran linaje espiritual, sus discípulos coincidían en señalar que era un maestro que prefería una vida apartada, simple y de anonimato, el cuál aceptaba solo el discipulado de quién era recomendado previamente. En una oportunidad Apu Sonqo había acordado recibir a un nuevo alumno enviado por uno de sus más geniales discípulos y amigo a la vez. Para darle la acogida tendría que bajar muy temprano del Apu donde moraba al pueblo, casi al alba puesto que el transporte interprovincial pasaría por la Plazuela y se detendría sólo por espacio de unos minutos. El nuevo discípulo llamado Santiago era un tipo mestizo de la costa. Santiago al descender del bus reconoce a su futuro maestro porque le habían referido que era inconfundible al usar un chullo blanco con una punta roja. Al acercarse lo saluda y le dice –maestro Apu Sonqo, menos mal que te encuentro. Apu Sonqo le responde –si yo también te estaba esperando. Apu Sonqo le indica que debían partir de inmediato, más luego de recoger algunas provisiones, el camino era pie y para llegar hacía su casa tomaría regularmente una hora a paso moderado. En el trayecto Apu Sonqo le pregunta a Santiago –¿cómo estas?. Este le responde –tengo un dolor de cabeza terrible, debe ser por el “soroche” (mal de las alturas). Apu Sonqo agrega –lo primero que vamos a hacer al llegar a casa es quitarte el soroche y averiguar que es lo que dicen los apukunas de ti.

Al llegar a casa el curandero realiza su ritual acostumbrado de bienvenida al nuevo miembro, era típico en las tradiciones andinas pedir permiso a los espíritus guardianes por la presencia de un nuevo hospite. El ritual consistía en una ceremonia sencilla utilizando hojas de coca formando k’intus, realizando la lectura de las hojas, fumando tabaco a los cuatro vientos y recitando plegarias a la pachamama. Al parecer la ceremonia de bienvenida había tenido el éxito deseado. Apu Sonqo le dice a Santiago –los apukunas están contentos con tu presencia y aceptan que te quedes. Luego le pregunta –con este ritual ¿has sentido algo dentro de tu cuerpo?, quiero que me respondas desde la sinceridad de tu corazón. Santiago responde –sinceramente lo que ha hecho es bonito, pero dentro de mi cuerpo no he sentido nada. Luego el maestro le dice que realizaría más plegarias y gestos para con la pachamama. Al cabo de los cuales vuelve a preguntar a Santiago –¿y ahora has sentido algo?. Este responde ya con cierto excepticismo, pero con sinceridad que dentro de su cuerpo no había pasado nada. En su pensamiento Santiago comenzaba a preguntarse sobre que tipo de respuesta debía dar o que tal vez era la primera prueba a afrontar, pero fue interrumpido por Tata Apu Sonqo al preguntarle con insistencia una vez más –¿dentro de tu cuerpo sientes ese dolor de cabeza, te sientes aún mal?. Santiago sorprendido consigo mismo, puesto que ya no sentía más el malestar del “soroche” responde –verdaderamente siento que el malestar se ha

ido.

Sin darse cuenta el mal de las alturas había dejado de sentirse. –¡Cosa curiosa!, pensó, aún medio confundido con la experiencia que Apu Sonqo le había hecho pasar. A veces el malestar físico puede ser curado por la mente, si se activa la sabiduría del corazón espiritual. En la mente las cosas se relacionan entre sí y la fuerza del corazón puede conducirla hacia logros importantes que se traducen en una intensa sensación de bienestar interior. Santiago fue testigo de cómo había pasado su malestar físico con el sólo hecho de confundir y poner a prueba su propia mente.



Apukunas: Las montañas sagradas andinas

LOS DOS MAESTROS

Cuenta la historia de Mario, un joven psicólogo muy entusiasmado con la idea de crecer espiritualmente. Uno de sus profesores de universidad conocedor del asunto le había recomendado dos maestros que pasaban por la ciudad a dictar seminarios una o dos veces al año.

Busca al primero al azar. Era un psicólogo inglés al cual le precedía un gran curriculum, estudios en las escuelas místicas de la India y Japón, con varios linajes de afamados maestros todos orientales, es más, con masters y doctorados en psicología en Oxford y Cambridge. Era asombroso estar con alguien de ese nivel, que además hable cuatro idiomas, que combine las disciplinas orientales y la universalidad occidental, con libros publicados y viajes continuos por el mundo dictando seminarios y conferencias. Era lo que había estado buscando: un gurú occidental y estaba dispuesto a ahorrar o hacerse de un préstamo para inscribirse a uno de sus seminarios.

Faltando una semana para el seminario y dando ya un adelanto para el mismo, decide acudir a una conferencia que dictaría el segundo maestro al cual le habían recomendado. Pero éste era un indio quechua cuzqueño de una comunidad llamada Q'eros, que apenas hablaba español y la gente curiosa lo escuchaba igual. Grande fue su indignación al asistir a la conferencia y enterarse que éste curandero no registraba un curriculum escrito, ni diplomas, ni libros publicados, ni nada material palpable, nada de nada. Mario por su formación universitaria occidental estaba decepcionado por tratar de entender a alguien que a duras penas podía leer y escribir.

Aún con el malestar dentro de sí, cuán grande fue su sorpresa al ver entre los asistentes a la conferencia al primer maestro afamado con el cual tenía ya programado hacer su primer seminario espiritual. Con esa inquietud, se acerca al maestro inglés y le pregunta -¿y usted que hace acá?, ¡me sorprende verlo entre los aprendices!. Este le responde -eso es precisamente lo que soy un aprendiz, todo lo que sé es producto de la alienación, del “copiar y pegar”, me da trabajo, fama y dinero, estoy cansado de ésta vida, con humildad vengo a conocer la verdadera espiritualidad. Y continuó -éste maestro indígena apenas sabe leer y escribir, pero conoce de los apukunas, de la pachamama, de la energía espiritual de los Andes porque vive y respira en ella, todo lo que yo sé es teoría, constructos hipotéticos basados en filosofías antiquísimas propias de las culturas y pensamiento oriental, las conozco, las domino pero en el fondo no las siento como propias. Acotó -sin embargo este hombrecito de color cobrizo conoce la llave que comunica el mundo material y el espiritual y quiero ser su discípulo, porque pienso abandonar el mundo ilusorio que me he construido y reaprender todo de nuevo.

Cuando ya era hora del comienzo de la conferencia el maestro indígena les dice a los presentes -para escucharme les pido una sólo cosa, déjen de lado todo lo que saben por un momento, apaguen sus celulares y grabadoras, vamos a hablar con la madre tierra y vamos a tratar de llegar a ese punto tan difícil e inaccesible que es el corazón del hombre occidental. Luego continuó -si esto no es posible les ruego que no pierdan el tiempo en ésta conferencia ya que yo debo hablar con sus corazones fríos y duros. Al cabo de sus palabras la mitad de los presentes habían abandonado la sala. Cuando finalmente pudo comenzar el curandero, cantó unas melodías - semejantes a los icaros amazónicos- cuyas letras eran inentendibles y sin sentido, pero a medida que se escuchaba, los presentes se relajaban y entraban en un estado de trance muy agradable y armonioso, luego pasaría uno a uno en frente de los presentes dándoles la mano y abrazándolos en son de bienvenida. Mario entendió con esta experiencia que no se debe subestimar la falta de diplomas y papel escrito, que tenía que tener la mente abierta y libre de prejuicios, antes de llenarla de nuevo con tantos libros y experiencias culturales lejanas y ajenas. Al final dijo -siento que estoy comenzando a construir mi verdadera experiencia espiritual. Con el pasar del tiempo se supo que Mario y el gurú occidental eran discípulos del maestro indígena Q'ero cuzqueño.



“Q’eros, hijos de la luz” (Material fotográfico del Dr. José Alvarez Blas)

BUSCANDO AL GRAN MAESTRO

El maestro recibe al nuevo discípulo al pie del Apu, éste con su apariencia de mendigo pasa como incógnito y no hace mención de su posición no sin antes conocer el corazón de su discípulo. El maestro le pregunta –¿qué estás buscando acá?, el alumno al verlo viejo y decrepito le responde –no creo que te interese, pero vengo de muy lejos en busca de un gran maestro que vive en la cima de ésta montaña (Apu). El maestro insiste una vez más – pero, ¿cómo sabes que es un gran maestro?. Al cual el jóven inexperto responde –me han dicho que sólo él conoce la verdad, la pureza y el conocimiento y yo creo que sólo con él podré lograr mi aprendizaje, con nadie más. El maestro apenado le pregunta una vez más –pero cómo y tus padres, tus animales, tu propio corazón, los árboles y la naturaleza no te enseñan las cosas del universo. El alumno ofendido responde sarcásticamente –yo quiero sólo el conocimiento puro, la verdad y la luz, eso es lo que he venido a buscar, apártate del camino viejo que debo pasar. El maestro desilusionado responde, –será mejor que regreses por donde viniste ya que ese gran maestro no te va a recibir, sin que antes tu sientas en el fondo de tu corazón que hasta el animal más indefenso o hasta las personas más viejas o pobres enseñan siempre algo. La pureza del conocimiento es un artificio de la mente humana, el conocimiento se adquiere desde la inteligencia del propio corazón, los maestros sólo son guías externos, no protagonistas. Los verdaderos maestros son portadores de la luz, no pretenden monopolizar el conocimiento, encerrarlo en una caja de chocolates, el maestro da de sí, crea reflexión, trasmite, pasa, deja que el agua discurra y siga su curso. El verdadero maestro se encuentra en uno mismo, muchas veces dormido, otras veces somnoliento, pero cuando despierta, la persona se ilumina desde su interior.



EL COLIBRI DE ORO (QORI Q'ENTE)

El paisaje andino silvestre reúne cientos de especies de plantas y animales, que ocupan un lugar importante en la ecología de las alturas. Q'ente o colibrí andino es un ave de pequeña dimensión, que tiene un significado simbólico en la cosmovisión andina, pues se le asocia con la dulzura, armonía, buena suerte y sacrificio. Esta es la historia de un colibrí llamado Muru Muru que tuvo que sacrificar su vida para servir a su pueblo.



Cuenta la historia que los colibrís andinos despertaron una mañana con un extraño presentimiento. Precisamente, al mediodía presenciaron una extraña lluvia que caía aún cuando Tata Inti el divino Sol estaba presente irradiando con fuerza el horizonte andino. Preocupados y fatigados por las sensaciones comunes decidieron acordar convocar al gran consejo de colibrís de los Andes. Muchos de los líderes reunidos llegaron a una sola conclusión: “Para nuestro pueblo es muy importante estar comunicados con nuestros ancestros. Pero parece que ellos ya no nos escuchan, ha pasado algo esta mañana y algo tenemos que hacer”. Luego dijeron: “Necesitamos comunicarnos con ellos y por eso debemos enviar a uno de nosotros a las profundidades del Ukhu Pacha”. Realizar esta misión mortal implicaría salvar las diferencias con el reino de los ancestros. Para ello, eligieron a un colibrí muy trabajador llamado Muru Muru, buen padre y esposo, no podía ser otro ya que había sido elegido por la unanimidad del consejo por su peculiar plumaje entre gris y multicolor y su impecable reputación.

El plan comenzaba con un viaje muy distante y arriesgado. Para llegar a la fuente misma del Ukhu Pacha, Muru Muru debía llegar a las profundidades de la Selva. Como en otros casos de viajes lejanos los colibrís ya conocían la solución, pues que mejor que esconderse en los pututos de los chaskis. El correo imperial estaba tan bien organizado que recorría todas las rutas del imperio. Los colibrís solo tenían que tener en cuenta de intercambiar de pututo cuando el chaski debía intercambiar la posta con otro chaski. El Qhapac Ñan que une la ciudad del Qosqo y la ciudad secreta de oro “Paititi” era la ruta precisa que conduciría a Muru Muru a las profundidades de la selva. El camino era secreto, celosamente resguardado a fin que

nadie pudiera saber su ubicación. Los chaskis siempre leales jamás revelarían el secreto.

Ya en el corazón de la Selva, Muru Muru muy bien adiestrado para su misión decide abandonar su genial guarida. En adelante debía buscar el gran Río donde mora la Yacumama, la gran serpiente del bósque. Este era el siguiente paso: encontrar a la Yacumama pues tendría que ser su nuevo transporte para llegar a las dimensiones del Ukhu Pacha. La gran boa apenas podía percatarse de la presencia del colibrí, que cuando abre la boca para bostezar el astuto colibrí ingresa y se esconde entre sus afilados dientes. La Yacumama sin percatarse de su pasajero emprende su viaje habitual hacia las profundidades de las aguas. Una vez que la serpiente se detiene para reposar en los dominios de la Ukhu Pacha, Muru Muru emprende un fugaz escape logrando salir por las narices de la serpiente. Y de inmediato se da cuenta de encontrarse en otra dimensión, en otro mundo en donde los colores, aromas, sonidos y las luces celestiales no cesan. Se percata también de encontrar a sus ancestros q'entes volando alrededor de las flores aromáticas de éste majestuoso Edén. Los colibrís del Ukhu Pacha le dijeron que tenía que ir a hablar en frente del clan superior de los q'ente del mundo de abajo.

Cuando los ancestros colibrís se pusieron de acuerdo y para resolver el impase con los colibrís de la tierra media. Acordarían que Muru Muru tenía que regresar al bósque amazónico e ir a Paititi: la ciudad de oro Inca y llegar a la cima de la pirámide más alta y reposar por un instante con el Korekenke de oro, ya que para ellos eso sería un privilegio y de ese modo se resolverían todos los inconvenientes creados. Muru Muru aceptó, después de todo no sería difícil esa nueva misión considerando todo lo que ya había pasado. Así fué, pero cuando el colibrí se posó junto al ave sagrada incaica, se solidificó en oro convirtiéndose en Qoriq'ente: el colibrí de oro incaico y ave sagrada en adelante. Esta posición de privilegio fue alcanzada gracias a su astucia y sobre todo a su propio sacrificio. Sus hijos y descendientes le llamarían muy orgullosos "Qoriq'ente", el colibrí de oro que reposa en los altares de la ciudad sagrada de oro de los Incas.

LOS NIÑOS COLIBRI

Luego de librar duras batallas con los Chachapoyas, los Inkas anexaron al Antisuyo parte de los territorios selváticos conquistados considerados indominables por su naturaleza agreste y tropical. La Selva era la morada de diferentes tribus al que los Inkas llamaban sacharunas. Los Chachapoyas poseían extensos territorios de altitud tropical propicios para el cultivo de la coca, hoja sagrada de los Inkas. Luego de la victoria militar, los Inkas debían poblar los territorios con algunos ayllus procedientes de otras regiones del Antisuyo, especializados en el cultivo de la hoja de coca. La paz, sin embargo era inestable debido a que no todas las tribus vecinas estaban dispuestas a tolerar la hegemonía Inka, se decía que algunas huestes rebeldes Chachapoyas al huir luego de la derrota, habían hecho una alianza con algunas tribus guerreras de las riberas del Uctubamba y Marañón. Estas tribus guerreras eran Aguarunas, de la familia de los sacharunas Jíbaros conocidos por la práctica del tzantza o reducción de cabezas. La promesa de los Chachapoyas era de ofrecer extensos territorios si en una eventual lucha no darían cuartel a las posiciones Inkas.

Yurac Yaku fue nombrado por el mismo gobernador del Antisuyo capo clan del ayllu más alejado, en los confines de este nuevo territorio Inka, dada sus referencias tenía habilidad para negociar en diversas lenguas con los extranjeros, conocedor del uso de quipus no tendría problemas para manejar las cuentas de los ayllus imperiales y sumado a su experiencia en el cultivo de la hoja de coca, era el hombre ideal, un líder plebeyo y leal súbdito del cual se esperaba pudiera promover la paz con las tribus beligerantes. El territorio merced a su lejanía, estaría cubierto por algunas columnas de soldados Inkas, los cuales protegerían a la población civil en caso ocurra una incursión militar enemiga. Se decía entre la gente que Yurac Yaku era el hijo predilecto de la pachamama, al amparo de los apus, era el protegido de los dioses, este veneraba mediante la practica del ayni y el pagapu a la madre tierra con solemne devoción. En su ayllu era una autoridad que irradiaba confianza y justicia para con los suyos. Tenía la fama de contar cuentos e historias a los niños para que estos cuiden la naturaleza y los bósques, por esta y otras razones era muy apreciado por su comunidad.

Los ayllus eran en aquél entonces la base de la organización social Inka, conformada por familias unidas por lazos de parentesco y sangre, estaban a disposición del poder político para participar como colonos en las nuevas tierras conquistadas. Yurac Yaku había cumplido con éxito sus misiones anteriores, pero en esta oportunidad temía la suerte que correría su propio ayllu, debido a las tratativas inútiles que había tenido con las tribus vecinas, las cuales habían decretado abiertamente un estado de beligerancia total. El conflicto parecía inminente. La idea de una invasión pasaba por su cabeza todos los días, sumado a que -con el pasar del

tiempo- los refuerzos militares Inkas no llegaban. Era preocupado, pero trataba de no desmostrarlo ya que la orden del gobernador era clara: no podían abandonar el territorio bajo ninguna condición. Por ello, temiendo que sucediese lo peor, es decir que las mujeres, niños y ancianos de su ayllu terminasen decapitados o esclavos, elaboró todo tipo de estrategias de huida en el caso las fuerzas Inkas cediesen sus posiciones y el territorio de los ayllus sea devastado.

La batalla comenzó con una emboscada planificada sobre las columnas guerreras Inkas, que a pesar de la inferioridad numérica lucharían ferozmente hasta alcanzar la gloria. Yurac Yaku una vez informado de la derrota de las tropas Inkas y ante una inminente incursión fatal sobre las poblaciones civiles, organizó a todos los adultos incluyendo mujeres y ancianos a la defensa del territorio, a fin de ganar tiempo para que los niños del wawa wasi tuvieran la posibilidad de huir.



Las tribus beligerantes no eran guerreros comunes, no darían tregua ni negociarían bajo ningún término, serían implacables aún con los niños colonos. Yurac Yaku no deseando que los niños corrieran igual suerte que los adultos, los instruyó de tal forma que tuvieran que esconderse por algunos días bajo el amparo del Apu más alto. Sin embargo, las huestes enemigas, muy expertos cazadores y recolectores

de la Selva profunda, encontrarían los rastros de los niños en un sendero aledaño, por lo cual no tardarían en alcanzarlos en la cima del Apu.

Yurac Yaku librando una dura lucha aún con las manos cae mal herido y antes de su desenlace final implora a Pachamama por la suerte de los niños Inkas, aún con el último hálito de vida recita en voz alta: “Madre divina siempre te he alabado y te he servido, si de algo sirve esta humilde súplica permite que los niños no sufran un fatal destino, has de ellos tu voluntad”. Diciendo esta plegaria moriría en su cuerpo físico, pues Pachamama lo inmortalizaría convirtiéndolo en un gigante cóndor, de enormes alas que alcanzaría rápidamente vuelo por los cielos montañosos en busca de los niños indefensos.

Uno de los niños más grandes dando coraje a los más pequeños les recordó en voz alta que no se debería perderse la esperanza en momentos de peligro, este les trajo a la memoria una de las historias que Yurac Yaku les había contado tiempo atrás, cuando un niño Inka se había convertido en q'ente (picaflor) al saltar de una pendiente alta de un Apu, porque era perseguido por un voraz puma. Les dijo que Yurac Yaku no permitiría que nadie les haga daño. Este mismo niño dicesó que un cóndor descendía del cielo y se dirigía hacia ellos formando círculos cada vez más pequeños, notó que se trataba de Yurac Yaku cuando el cóndor les habló antes de tocar suelo: "No teman, he venido a protegerlos". Les dijo que subieran a su lomo y sus alas, como eran tantos niños uno por uno al momento de subir se convertiría en colibrí, logrando así huir de la cima del Apu justo antes que los feroces tropas enemigas lograsen alcanzar la cima.

Una vez a salvo, el cóndor les dijo a los colibrís que volaran libremente en diferentes direcciones del Tahuantinsuyo. Los colibrís multicolores poblaron desde entonces las cuatro direcciones de la chakana andina con ayuda de wayra, el viento. Pachamama glorificó a Yurac Yaku por ser un hombre justo y ferviente servidor; Y a los niños les dió larga vida convirtiéndolos en q'ente (el picaflor sagrado de los Andes). En adelante esta sería la historia de los niños q'ente o simplemente niños colibrí.



Estela Raimondi (Chavín)

EL COLIBRI DE PIEDRA (QORI RUMI)

Muy cerca de la Laguna de las Parinas (Parinacochas) hay un pequeño, pero peculiar bosque de piedras con formas caprichosas en el sector conocido como Inkawasi. Algunas de estas enormes moles tienen un significado particular dentro de la cosmovisión del lugar. Una de ellas asemeja a un pájaro de piedra, al que los pobladores llaman Qorirumi (“Colibrí de Piedra”).

Cuenta la leyenda que dos niños, Juanita y Abel como cada inicio de semana, debían llevar a pastar a sus cabras y ovejas en las alturas del Apu Anocacca por el sector de la Breapampa, muchas veces estas faenas se prolongarían por dos o más días seguidos. En las frías noches andinas, debían cobijarse en una choza hecha al paso precisamente para reposar. Los animales quedaban cercados y seguros en las proximidades. Debían encender una fogata al interior para calentarse con la cercanía de las brasas, serían los perros quienes alertarían ante cualquier peligro inminente.

Juanita era la hermana mayor y a sus doce años era una experta en conocer las alturas, la aridez del terreno y la fauna silvestre del entorno. Su hermano Abel apenas llegaba a 6 años y ya sabía cuidar de sus animales. Una mañana Juanita le encargaría a Abel traer agua de un manantial cercano a media hora del lugar. En su distracción Abel se alejaría sin darse cuenta, para ir a jugar y perseguir a las pequeñas perdices y hasta lograr hacer amistad con un colibrí gris andino, al cual llamaría Muru Muru por su plumaje. Luego de estar exhausto de jugar y jugar con su nuevo amigo, se da cuenta que la hora ha pasado y que se ha alejado demasiado del puquio (manantial). Cuando decide regresar, escucha el rugido de un feroz puma, siendo su primera reacción huir rápidamente del lugar y buscar a su hermana. Mientras es acechado por el puma su nuevo amigo Muru Muru, muy valientemente distrae al puma dándole cosquillas en el lomo y en sus orejas, y a pesar de su rapidez el puma trata en vano de capturarlo.

Este puma sería tal vez el gran felino que habita en el Apu Wamaní Pumawiri, y que solo desciende de su morada cuando tiene mucha hambre y debe salir a cazar buscando una presa a quien devorar. El peligro era inminente y Abel debía pedir ayuda y continuar huyendo tratando de no dejar rastro. La persecución se prolongaría por horas y el valiente colibrí acompañaría a su amigo hasta las últimas consecuencias. Corriendo y corriendo toda la mañana bajo el extenuante calor de Tata Inti y muy agotado, logra esconderse entre unas enormes rocas. Pero sin embargo, ya estaría a merced del gran puma, si no fuera por el valiente colibrí que implora a la pachamama que proteja de cualquier manera a su nuevo amigo, para lo cual ofrenda su vida a cambio por la del niño. La Gran Madre escuchando el clamor del sagrado animalito decide convertir al colibrí en una enorme piedra, cobijando en su interior al niño Abel que no sería detectado por el puma a pesar de su agudo

olfato de cazador. Luego de varios minutos el puma decide alejarse y retornar a su guarida con su panza vacía. Cuando el peligro ha pasado, Abel decide salir de su escondite y en adelante agradecería toda su vida a su valiente amigo convertido en colibrí de piedra (Qorirumi), que se sacrificó para que él pudiera vivir y luego, contar la historia a sus nietos.



Hoja de coca, hoja sagrada en el mundo andino

EL COLIBRI DE NAZCA

La vida de los Nazca era de paz y esplendor, como cultura habían logrado una perfecta sincronización con las fuerzas climáticas y telúricas de la madre tierra. Este pacto con los elementos de la naturaleza fue celebrado siempre con la realización de grandes ceremonias, fiestas y diseños gigantes de figuras antropomorfas y zoomorfas sobre el terreno desértico, de modo tal que la cosmovisión Nazca perdurase en la eternidad.

Los hombres sabios y de medicina Nazca que poseían conocimientos astronómicos precisos, predijeron una gran sequía, que duraría siete largos años y que pondría en riesgo la agricultura que desde ya era siempre amenazada por la aridez del terreno. Para prevenir esta catástrofe ecológica proveniente de las irregulares corrientes oceánicas tuvieron que prepararse, a fin de dar continuidad a la civilización y evitar una migración forzada. Los hombres sabios y de medicina convocaron al pueblo Nazca y a todos los seres vivos: los animales y otras fuerzas naturales menores a realizar una gran limpieza minuciosa de los canales de regadío que alimentan el valle principal y sobre todo conservar en buen funcionamiento los pequeños afluentes del Río que surgen desde las altas cumbres andinas.

Para este trabajo sin precedentes de ingeniería hombres, mujeres y niños se pusieron manos a la obra desde mucho antes de la normal llegada de lluvias en la sierra. Se cuenta entre los Nazca que muchos animales de la Región acudieron en ayuda de este megaproyecto, de tal modo que llegaron animales de carga como llamas, alpacas y vicuñas, como se había decretado un estado de tregua hasta pumas, zorros y vizcachas andinas comenzaron a colaborar con la limpieza. Las aves no se quedaron a observar y llegaron representantes de las aves palmípedas, flamencos y patos andinos, perdices y cóndores. Para sorpresa de los presentes llegaron numerosos colibrís de todo tipo, tamaño y color, nunca antes se habían visto tantas variedades juntas, de diferente aspecto y dimensión. Su labor de repente no era proporcional al de la labor del cóndor, pero los hombres y mujeres Nazca admiraron la capacidad infatigable de trabajo de estas pequeñas aves, que se contaban en miles. Los colibrí eran los más entusiastas con esta empresa titánica. Cuando las inclemencias climáticas azotaron la civilización Nazca, se dice que el valle principal gozó siempre de agua procedente de las reservas, puquios y las altas lagunas andinas, y que el trabajo de prevención fue muy eficaz, de modo tal que los años que se esperaba serían secos, la población y los seres vivos del entorno pudieron sobrevivir afrontando esta dura prueba. En agradecimiento a la participación laboriosa del colibrí, los hombres y mujeres Nazca celebraron rituales en memoria de estas entusiastas aves y diseñaron sobre el desierto un colibrí gigante en honor de su labor desprendida y solidaria.

LA HISTORIA DE LOS COLIBRIS SACRIFICADOS

En tiempos remotos se dice que hubo una gran sequía en Los Andes Centrales. Todo comenzó cuando un zorro hambriento entró en la guarida de un puma, aprovechando que ésta había salido a beber agua. Mató a sus tres crías y no pudiendo llevarse a ninguno de los cachorros con su pequeña boca los abandonó. La señora puma muy indignada y con sentimientos de pena y luego odio juró vengarse. Reunió a los pumas de todos los apus vecinos y sin dudarlos clamaron al unísono vengarse en contra de los zorros. El ataque estaba previsto muy de madrugada, cuando Tata Inti todavía no aparecería en el horizonte y no sería testigo. Cerca de dos decenas de pumas feroces, atacaron las guaridas de los zorros eliminándolos a todos, sin dejar crías, ni nada con vida. El golpe fue duro y feroz y rompería el orden natural por el sabor de la venganza.

Los Apus indignados vieron tanta sangre derramada y muy preocupados hablaron con Mamacocha, la reina de las aguas y Wayra, la de los vientos, sobre las consecuencias que traería este suceso para la Región. Ellos comentaron que la gran madre, la Pachamama se molestaría tarde o temprano y haría evidente su poder en los próximos días.

Pasaron unos días, semanas y hasta meses y a pesar que era época de lluvias, el cielo estaba siempre despejado. En la medida que pasaban los días no llovía en absoluto y un radiante Tata Inti parecía abrazar con su calor todo lo existente, pero todo se secaba por falta de agua. Los pocos puquios y manantiales comenzaron a secarse y casi no quedaba que beber. El gran reino de los animales fue convocado. Una vez reunidos manifestaron su preocupación por tan alarmante situación.

Decidieron consultar a los apus sobre lo que estaba pasando. Los Apus, grandes guardianes y montañas andinas dijeron:

“La Gran Madre, Pachamama está dando una lección a todos sus hijos y por eso ha dejado en suspenso el ciclo del agua”. Luego concluyeron:

“El problema lo causaron ustedes, criaturas de dos y cuatro patas. Y ustedes deben resolverlo de alguna forma”. Los animales entendieron que tenían que hacer algo, sino la Región sería desértica para siempre.

Los animales hicieron otra gran convocatoria pidiendo ayuda a los animales de otras regiones, expertos en la lluvia. Vinieron coyotes y lobos del Norte a ayudar con sus aullidos, pero al amanecer no sucedía nada y la lluvia no llegaba. Llegaron los guacamayos, tucanes y loros de la Selva pero sus cantos no trajeron la lluvia, un grupo de parihuanas voló como danzando en círculos y por horas, pero todo era en vano y la lluvia no se hacía presente. En la comunidad de los animales los más grandes tenían el liderazgo, por lo que el representante de los cóndores ofreció su ayuda pero dijo:

“Con la sequía los cóndores tenemos más comida, tanta que no podemos comer demasiado. Nosotros necesitamos solo lo necesario. Además no nos gusta tanta desolación en el paisaje”.

Sin embargo ofreció su ayuda. A la mañana siguiente todos los cóndores de las alturas junto a otras aves gigantes volaron hasta el mar y esperaron que las nubes se eleven para con sus grandes aleteos poder llevar las nubes hasta los Andes. Las nubes llegaron y entiasmados al resto de los animales grandes y pequeños, todos comentaron que la titánica labor de traer a las nubes era gracias a los cóndores y que a ellos habría que agradecerles y hasta reverenciarlos, el optimismo regresó de nuevo en las alturas. Lo curioso fue ver que las nubes habían llegado pero el agua no caía, la lluvia no bajaba. Era raro. Tener la fuente del agua allí en frente de todos y no poder beberla. Los cóndores conversaron entre ellos y juntos acordaron terminar el trabajo:



“Hermanos hemos traídos estas grandes nubes, pero no llueve. Mañana con nuestras grandes alas juntos bateremos muy fuerte hasta que la lluvia tome forma y bañe el horizonte”. Los cóndores trabajaron toda la mañana y parte de la tarde batiendo sus enormes alas y a pesar de todos los esfuerzos la lluvia no caía.

“Es un absurdo” dijeron los animales, “las nubes con grandes porciones de agua están allí y nuestra madre nos niega beber de ella”. Uno de los colibrís habló entre la multitud y dijo:

“No debemos perder la esperanza , ya los Apus han hablado y seguramente necesitamos hacer algo más y verán que la lluvia llegará”.

Los grandes animales casi no le prestaron atención y alguno de los cóndores se burló diciendo:

“Que podría hacer un minúsculo colibrí con semejantes nubes en el horizonte serrano”. Al final los cóndores acordaron que deberían aletear con más fuerza desde las grandes alturas y pidieron ayuda a las águilas que llegaron del Norte. Juntos resolverían el problema.

El jefe de los colibrís no perdiendo el coraje reunió a su clan y les dijo:

“Hermanos nosotros debemos hacer algo, no podemos quedarnos solo a observar”. Planificaron en la noche que cada colibrí se escondería en el lomo de un cóndor y así lograrían llegar muy alto. Así lo hicieron y los cóndores ni se percataron de sus ocasionales pasajeros.

A la mañana siguiente, cuando Tata Inti regalaba el alba al horizonte los cóndores y las águilas volaron muy alto y comenzaron la tarea de batir las alas con fuerza, dando grandes círculos volaban con gran empeño. Sin embargo, la lluvia no llegaba y casi al mediodía cuando el sol estaba muy fuerte los colibrís entendieron que esa era la señal, salieron de sus escondites y decenas de ellos volaron en dirección a las grandes nubes, batiendo sus pequeñas alas con gran velocidad y con gran entusiasmo que hasta el mismo Tata Inti y la Madre Pachamama se conmovieron, al punto que decidieron abrir las nubes y la lluvia comenzó en el paisaje andino con un gran arcoiris multicolor. Los cóndores dijeron:

“De tanto esfuerzo hemos logrado que la lluvia caiga”.

Ninguno de esas grandes aves, ni el águila del Norte se percató que los colibrís estaban aún volando y decidieron regresar. A tan grandes alturas los colibrís no pudieron retornar a casa con sus familias, pero Pachamama decidió glorificarlos a todos dándoles vida eterna en el paraíso. El gran sacrificio de los colibrís les costó la vida, pero salvo la tierra de la sequía. Por ello, sus descendientes los se sienten orgullosos de su naturaleza vital y de ser parte de los animales celestiales mejor considerados por la gran madre. En adelante cuando llueve y sale el arcoiris en el paisaje andino los colibrís salen orgullosos por el gran sacrificio de antaño.

EL PUMA Y EL COLIBRI

Tata Inti el majestuoso Sol convierte la noche en día. La jornada comienza con el trazo de un haz de luz sobre las siluetas de los grandes apus andinos. La tierra todavía fresca y fría espera calentarse con los primeros rayos de luz brillante . El alba se abre paso descubriendo un paisaje accidentado siempre lleno de vida y color. El puma es el mayor felino que habita en las grandes montañas, un depredador dotado de un olfato muy agudo y una poderosa visión nocturna ideal para la caza. Esta es la historia de un joven puma que durante la noche había estado acechando a un grupo de vicuñas sin haber obtenido mayor fortuna. Ya con el alba encima y aún con la esperanza de llevar algo de comida para su guarida se inmoviliza en la cima de un gran peñasco esperando la oportunidad para saltar encima de su presa. Cuando el momento era el indicado y su paciencia parecía darle una magnífica recompensa, sucede algo inesperado, pues en el preciso momento que se disponía a coger el lomo de una vicuña adulta, un colibrí de pecho gris lo interrumpe con un picotazo en su hocico, el impacto genera un gruñido de dolor que lo delata y el clan de vicuñas huyen poniéndose a salvo. El puma con un zarpazo veloz logra golpear al valiente colibrí que caería desmayado sobre el follaje, luego observaría contrariado como sus presas se alejarían de su alcance. Con el desaliento entre los dientes decide arremeter en contra del privado colibrí, cogiéndolo de la cola lo llevaría muy resignado a su guarida. La presa capturada era mucho más pequeña de lo que esperaba.



Cuando el cautivo colibrí se repone, se da cuenta que está en manos del puma, quién al verlo en pie, le dice: - “has interrumpido mi desayuno y tú que eres tan pequeño mi hambre no me vas a calmar”, luego el puma agrega: - “¿qué podría hacer un pequeño colibrí para quitar el ansia de un cazador?”, diciendo esto lo deja libre y el colibrí vuela veloz perdiéndose en el inmenso horizonte andino.

Días después, el mismo colibrí de pecho gris observa como un cazador humano apuntaba con su arma a un puma, que desprevenido descansaba tomando el sol matinal en una peña de copa plana. Cuando la oportunidad se transformaría en un trofeo de caza, el colibrí decide intervenir distraendo al cazador, quién agitado pensando se tratase de un avispon logrará golpearlo con su sombrero. Este acto delataría su posición y el puma escaparía del alcance del depredador. El moribundo colibrí no soportaría el impacto del fuerte golpe y muy mal herido es socorrido por



el puma solo cuando el peligro ha pasado. El puma no era otro que el que había dejado libre días atrás al colibrí y con la indignación en su corazón levanta al pequeño animal y le dice: - “¿porqué has hecho eso?”, el colibrí responde: - “yo siempre cuidando de mis hermanos los animales”. Luego, dijo antes de morir: - “este cazador de dos patas te acechaba y quise distraerlo, para que tuvieras la oportunidad de escapar, mientras lo hacía me preguntaba:

¿qué podría hacer un pequeño colibrí para quitar el ansia de un cazador?”. Diciendo esto el colibrí yace inerte sin vida y el puma muy acongojado decide darle sepultura posando su pequeño cuerpo en la madre tierra.

EL NIÑO QUE QUISO SER COLIBRI

Cuando Abelito alcanzó la edad para ir a la escuela, fue objeto -desde un inicio- de la burla de sus compañeros, en la hora del recreo buscaba jugar con los niños, pero era rechazado sin mayores razones que el color de su piel, todos le decían “yuraqerqe” (niño blanco) o “yuraqrumi” (piedra blanca) en tono de burla y hasta despectivo. A pesar que no comprendía el significado de tener una piel diferente, la discriminación y el maltrato de sus semejantes le causaba dolor y llanto. Cuando regresaba de la escuela se echaba a llorar en el campo lamentando su mala suerte debajo de su árbol favorito de eucalipto. Abelito sabía que era diferente, pues un año atrás descubrió mirándose en una poza, que era un poco blanco respecto de sus hermanos, pues ellos eran cobrizos como los apus del horizonte andino y él era blanco como la sal o la leche de sus vacas, pero esa distinción no le causaría ningún malestar sino hasta cuando comenzaría ir a la escuela.

Una tarde de sol abrasador, Abelito muy vivaz, curioso y ganado por sus deseos de jugar intenta ir detrás de los animales de la fauna andina, corre detrás de las perdices y vizcachas sin tener éxito pues todas huyen escapando de su alcance. Al llegar a un prado descubre un grupo de colibrís muy activos, de inmediato queda impresionado de la velocidad de estos pequeños pájaros que parecen jugar con las flores y los arbustos. En su mente piensa y se dice a sí mismo: “quisiera ser gente (picaflor) y jugar todo el día, ya no quiero ser niño”. Luego de ir detrás de los colibrís queda exhausto y decide descansar debajo de su árbol de eucalipto. El cansancio y la fragancia relajante del árbol le producirían un sueño profundo y reparador.

Cuando Abelito abre los ojos, se encuentra rodeado de colibrís y flores de todos los colores, intenta alzarse y descubre que tiene alas, patas de pájaro y un pico muy largo. Al inicio se asusta por no comprender lo que le está pasando, pero luego se da cuenta que puede volar y eso le agrada, luego coge a discreción el néctar de las flores y se rinde a la dulzura de la vida. Abelito se había convertido en colibrí y había encontrado que era muy divertido su nueva vida. Hacía lo que quería y ya no tendría que regresar a la escuela, ni soportar a sus funestos compañeros. Era libre, volaba y se divertía como nunca y todo parecía estar en orden, puesto que su deseo de ser colibrí se había hecho realidad. Era muy feliz.

Al caer la tarde los colibrís fueron convocados por el espíritu de la madre tierra, los pequeños pájaros debían dar cuenta de su faena diaria, debían meditar por el bien común y llevar una vida espiritual muy arraigada, puesto que eran las aves mensajeras de la pachamama. Los colibrís además debían realizar asambleas para encontrar respuestas a las grandes interrogantes de la vida, ayudar a sus semejantes con sus rezos y ponerse de acuerdo para las peregrinaciones que debían realizar de tiempo en tiempo. La vida del colibrí a esta altura ya no era del agrado de Abelito, pues comenzaba a extrañar a su mamá, a sus hermanos, su hogar y su árbol de

eucalipto. Ahora pensaba en la escuela, en su maestra, en escribir, en las tareas y hasta en sus incorregibles compañeros. Era extraño pero en su corazón preferiría regresar a ser niño aún con todas sus ventajas y desventajas, a llevar la vida sacrificada de un colibrí. La nostalgia de ser niño nuevamente fue tan intensa que le produjo mucho llanto y gritó de la impotencia “quiero ser niño”. Con lo cual despertó abruptamente del sueño, pues para su tranquilidad todo había sido un sueño y Abelito era niño otra vez. Saltó de la alegría y se prometió a sí mismo que nunca más dudaría de ser niño.



Con el tiempo el niño Abelito fue aceptado por sus compañeros, llegando a ser el líder del grupo y a pesar de su corta edad era siempre el más entendido en los conocimientos del campo y la madre tierra. Muy a menudo era rodeado por algún colibrí que parecía saludarlo a su paso. Sus nuevos amigos por esa razón le decían ahora “yuraq gente” (niño colibrí) muy diferente a los maltratos de antaño. Abelito sabía que de alguna forma los colibrís le habían cambiado la vida, pues había entendido la lección y en adelante les brindaría reverencia por ser las aves sagradas protectoras de los niños, del equilibrio del cósmos y de los mensajes de la pachamama.

EL CONDOR Y EL ZORRO

La vida en las montañas andinas se desarrollaba muy normal, hasta cuando las parihuanas migrantes trajeron la noticia que lluvias provenientes de la costa, provocarían una gran inundación. Por tal motivo, los seres vivientes de las alturas fueron convocados a la gran asamblea del reino animal. Los representantes de las aves grandes y pequeñas se hicieron presente, llegaron los felinos de las alturas, los líderes de los auquenidos, de las vizcachas, zorros, serpientes y hasta mariposas de colores. Cuando tomó la palabra el rey puma de los Andes, les dijo a todos:

- Hay que salvar nuestras diferencias, una gran lluvia ha de llegar, por lo menos un tiempo de paz hay que respetar...

Los animales presentes estuvieron de acuerdo con la propuesta y cada clan debía protegerse convenientemente, la gran lluvia pasaría por las montañas dentro de dos días. Antes de terminar la reunión, el puma propuso enviar un emisario a la foresta donde viven los hermanos animales de la gran selva verde. Curiosamente los primeros en proclamar su solidaridad, fueron los animales más pequeños. Las vizcachas dijeron que con gran esfuerzo podrían llegar en dos días antes que la lluvia bañase el bósque tropical. Los colibrís propusieron llegar en un día y medio pero correrían el riesgo de morir congelados al tratar de cruzar las altas montañas. Luego las vicuñas tomaron parte y dijeron que con gran velocidad podrían llegar en un día. El propio rey puma ofreció cruzar las montañas en 12 horas.

El presuntuoso zorro tomó la palabra y con arrogancia aseguró que podría subir y bajar los grandes cerros en seis horas. Ninguno de los presentes le creyó. Lo cierto es que cuando la paciencia de la asamblea estaba llegando a su fin, tomó la palabra el rey de los cóndores, que con sabiduría dijo:

- Esta es una empresa de cóndores, dejad que nosotros hagamos este trabajo sin importar la hora. Confiad en nosotros.

Sin embargo, el zorro insistió con vehemencia al asegurar que por su agilidad sortearía grandes peñascos y espinas, logrando llegar a la meta en corto tiempo. Motivo por el cual, partiría a la selva verde aún cuando la mayoría había elegido al gran cóndor de cuello blanco. Cuando la asamblea terminó el cóndor alzó vuelo y rápidamente se perdió en el horizonte andino, al igual que el zorro que desapareció entre el follaje de ichu.

El cóndor con gran maestría sorteó los vientos cálidos provenientes del gran bósque verde y en cuestión de pocas horas había logrado transmitir el mensaje a los animales de la selva. A su regreso, gracias a su aguda visión se percató que el zorro se encuentra atrapado y medio moribundo en una gran montaña blanca. El cóndor se acerca y le dice:

- Hermano estamos en tregua, ya hice los encargos, no tiene caso continuar. Si quieres te puedo salvar, pero tu cuello he de agarrar...

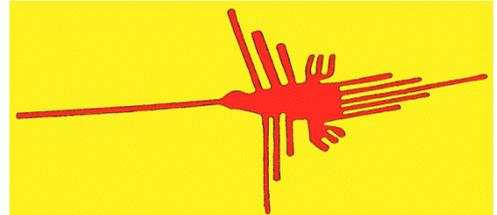


El zorro muy sobervio e incrédulo le responde:

- No te creo, seguro me vas a comer, además ya me falta poco para cruzar esta montaña y el verde de la selva he de encontrar.

El cóndor no insistió y alzó vuelo y solo regresaría luego de un rato, para ver si el zorro cambiaría de opinión. Grande fue su desconsuelo al ver al zorro muerto por congelamiento. Después de todo, el cóndor sin hacerse problemas regresaría muy tranquilo a su morada, con el almuerzo fresco en su gran pico, gracias a un zorro andino que más inteligente, fue presuntuoso y testarudo.

COLIBRI SAGRADO DE NAZCA



“Ciertamente el colibrí representa para mí el ave que une las puertas dimensionales, un aliado de sabiduría, entusiasmo, sacrificio y comunicación. Este animal de poder presente en mis sueños y ensueños se encuentra directamente en conexión con mi espíritu, su esencia es la búsqueda del néctar de la vida que luego nutre todas mis acciones con amor y pasión”.

“Soy consciente que su luz me ayuda a liberar la mente y escribir a los cuatro vientos diferentes cuentos y relatos, me declaro un amigo y admirador de su naturaleza divina, no espero nada a cambio ni intento ninguna recompensa, puesto que el resultado o las consecuencias de la inspiración son un espacio para compartir abiertamente”.